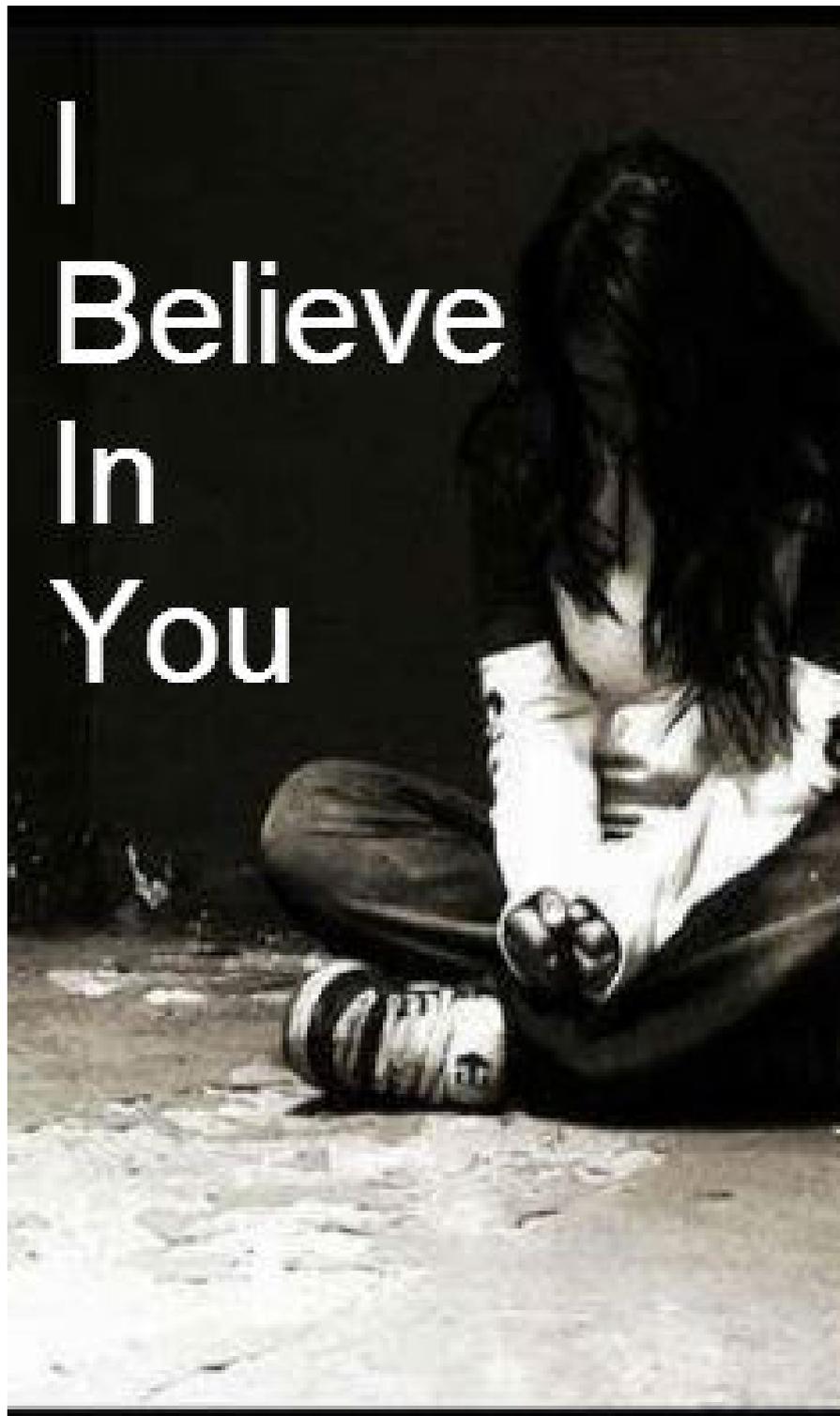


I believe in you

minnie6677 mouse



Capítulo 1

Prólogo

- ¿... Anne Finnegan?- cuestionó una voz desde los altavoces situados por todos los pasillos del instituto.- Por favor, acuda de inmediato al despacho del director.

Inmediatamente todos los alumnos que en aquellos momentos se encontraban en los pasillos se giraron para mirarme. Había de todo, desde odio, pasando por curiosidad y llegando hasta el asco. Suspiré para tratar de tranquilizarme, sin éxito. Me sequé el sudor de las palmas de las manos en mis pantalones anchos y comencé a caminar bajo la atenta mirada de mis compañeros.

- Hey, Annesia, ¿qué hiciste?- me preguntó Lydia Parks, mi desmoralizadora personal. Bajé la cabeza como venía haciendo los últimos seis años cada vez que ella me hablaba y continué mi caminata sin responderle. Gran error.- Te estoy hablando, nerd de pacotilla.

Rapidamente a su "insulto" le corearon unas carcajadas provenientes de todo el mundo a mi alrededor. La angustia se apoderó de mi como tantas otras veces y corrí lo que me faltaba de pasillo hasta el despacho del director. Llamé suavemente a la puerta con los nudillos y aguardé hasta escuchar la voz del joven que ocupaba aquel despacho.

- Adelante.

Agarré el pomo de la puerta y una sensación de alerta se instaló en mi cuerpo. Ese cosquilleo en la punta de los dedos que te advierte siempre antes de una mala noticia. El vello de punta en la nuca. Un leve temblor en las extremidades superiores. Respiré hondo y me armé del valor que no poseía para girar el mecanismo que me permitiría el acceso a la estancia. Atrevesé el umbral de la puerta con rapidez antes de arrepentirme de mi decisión. Miré a mi alrededor parpadeando con rapidez para acostumbrarme a la poca iluminación del interior. Todas las luces estaban apagadas, a excepción de el flexo que descansaba en una esquina del escritorio. Las persianas también estaban bajadas, por lo que lo único que podía distinguir con claridad del director era su rostro joven y afable de veintiocho años, con sus ojos de un azul muy claro y la barba incipiente que le creaba un juego de sombras en su cuadrada mandíbula. El pelo largo y negro le caía con suaves tirabuzones sobre los ojos, a causa de lo cual poseía el tick nervioso de apartárselo con brusquedad de la cara. En aquellos momentos hacía constantemente aquel gesto, lo que delataba su nerviosismo a pesar de su respiración pausada y sus hombros

relajados. Forzó una sonrisa al verme y me indicó con un gesto de mano que me sentase frente a él, en la incómoda silla de metal que allí se hallaba. Hice caso a su propuesta y tomé asiento con una postura bastante incómoda. Él debió de ver mis constantes muecas de preocupación y desconcierto porque volvió de su mundo particular de luz y color y me miró fijamente a los ojos.

- Anne, ha llamado tu padre hace unos minutos...- comenzó a hablar tras aclararse la garganta con incomodez. Al parecer mis presentimientos no iban desencaminados, dado que el director era algo distraído pero nunca titubeaba a la hora de dar malas noticias. Me recliné hacia delante en el asiento, incitándole a continuar hablando. Hizo una mueca de disgusto y me observó minuciosamente con un brillo extraño en la mirada que no llegué a identificar.- Me ha dicho que...- Se pasó ambas manos por la cara antes de apretarse el tabique de la nariz. Vaya, al parecer si que era grave. En aquellos momentos odié tener gran imaginación, porque me jugó una mala pasada. Es decir, era completamente imposible que acertase con mis pensamientos, ¿no? Miré fijamente al director, exigiéndole, ya no pidiéndole, que hablase. No me hacían falta palabras. Mi padre siempre lo decía, podría matar o hacer llorar con una sola mirada si me lo propusiese. La cuestión era que a mi no me agradaba dar órdenes.- Me ha dicho que tu madre está en estado grave en el hospital. Han tenido ambos un accidente de tráfico y los médicos temen que no llegue a esta noche. Lo siento, si quieres puedes...

No le di tiempo a terminar la frase puesto que me levanté corriendo de mi asiento para salir lo más rápido que pude por la puerta. Todo el mundo se quedó pasmado al verme correr con todas mis fuerzas por los pasillos y con los ojos bañados en lágrimas no derramadas. Abrí de golpe las puertas de entrada del centro y corrí por las calles en busca del único hospital que había en aquella "ciudad". Realmente era un pueblo grande pero mi madre siempre decía que era demasiado grande para considerarse pueblo. Yo rebatía sus argumentos diciendo que había más viviendas que personas. Y ahí se acababa siempre la discusión. Corrí como nunca en mi vida había hecho, chocándome sin querer con transeúntes matutinos sin parar a disculparme y ganándome gritos de sorpresa por sus partes. Si, como en todo pueblo, todo el mundo conocía a todo el mundo. Finalmente y tras recorrer toda la "Gran Avenida" atravesé las transparentes puertas de cristal que servían de entrada al establecimiento público. Seguí corriendo hasta llegar al cubículo de mármol que servía como mostrador.

- Perdona, ¿cuál es la habitación de Marisse Finnegan?- pregunté a la par que trataba de regular mi ritmo cardíaco y mis respiraciones por minuto. La señora regordeta y de aspecto hosco que se encontraba al otro lado de la barra de mármol me miró por encima de sus gafas anticuadas y revisó la pantalla del ordenador por unos instantes antes de ir presionando las letras del teclado a velocidad de tortuga coja. Mi pie comenzó a bailar

solo, creando así un constante ritmillo al impactar de lleno contra el suelo. Tras los segundos (¿o quizás minutos?) más largos de mi vida por fin levantó la vista del ordenador y me dirigió una larga mirada condescendiente.

- La 49 pero el horario de visitas de la mañana termina a las once y media y son las doce menos veinticinco.- afirmó con un deje de diversión. Al parecer le divertía mi sufrimiento. Inspiré hondo para tratar de tranquilizarme pero no surtió el efecto esperado dado que lo primero que hice fue sacarle el dedo grosero a la maleducada enfermera. Y luego hice algo que no había hecho en toda mi vida. Saltarme las normas. Me puse en la posición de salida que me habían enseñado en los entrenamientos de atletismo durante mis años de infante y salí corriendo por el pasillo de las habitaciones. Pasé por delante de la sala de espera, donde se encontraba un montón de gente del pueblo y otros cercanos. Entre aquel tumulto descubrí el sombrero raído de mi padre y sus anchos y trabajados hombros. Le di un vistazo rápido, lo suficiente para comprobar que lo único que le pasaba (externamente hablando) eran un par de rasguños, una herida bastante profunda en una pierna y probablemente y deducido por la creciente inflamación de su tobillo, un esguince. Continué corriendo lo más silenciosamente que pude hasta llegar a la habitación indicada por la desagradable enfermera. Sabía que en cualquier momento llegarían dos hombres trajeados para llevarme fuera del recinto o dejarme en la sala de espera de los familiares así que me di prisa en abrir la puerta. Me interné en la blanca e iluminada habitación y cerré la puerta tras de mí con cuidado de no hacer mucho ruido. Miré a mi alrededor, buscando la sonrisa deslumbrante y segura de mi madre, pero mis ojos se clavaron en un rostro pálido y demacrado unido por un cuello envuelto en vendas a un cuerpo lánguido e inerte. El cabello sedoso y salvaje de mi madre reposaba entorno a su vendada cabeza, creando así una especie de almohada negra como el azabache. Mis rodillas cedieron bajo mi peso e impactaron contra el suelo con poca delicadeza. Las lágrimas que había estado conteniendo con tanto esmero afloraron por fin, dando rienda suelta a mis emociones. La mujer que aquella misma mañana me había dado los buenos días con su característica sonrisa torcida aunque cálida, descansaba en aquellos momentos en una horrenda camilla de hospital blanca e incómoda. Revisé durante unos instantes el monitor que controlaba los latidos de su corazón, los cuales fueron disminuyendo el ritmo hasta finalmente formar una línea recta horizontal. El pulso me retumbó con una potencia abrumadora en los oídos, privándome así de mis capacidades auditivas. Las lágrimas salieron con mayor abundancia de mis ojos y en mi garganta se formó un nudo que me impedía la importante tarea de respirar. Pero en aquellos momentos no me importaba el no respirar. No me importaba estar sufriendo un ataque de pánico de tales magnitudes como sólo una vez en mi vida lo había sufrido, no me importaba estar muriéndome, ahogándome en mi propia tristeza. Porque ella ya estaba muerta, y uno de los dos soles de mi vida se había

apagado para siempre.

Capítulo 2

Capítulo 1

POV. (Point Of View) Anne

Cinco años más tarde...

La campana que indicaba el comienzo de mi último curso en el instituto sonó estruendosamente, taladrándome los oídos de tal manera que tuve que tapármelos con las palmas de las manos. Aquel día Josephine también se había olvidado de regular la intensidad del timbre. Suspiré y me calé aún más hondo la capucha negra sobre los ojos. Aquel verano me había teñido el pelo del azul más eléctrico que había encontrado en la gama de tintes y había perdido todos los quilos que me sobraban, tan sólo para joder a John. John era el hombre que genéticamente hablando se podría considerar como mi padre. Entré a toda prisa en el edificio y me ajusté la mochila sobre el hombro a la vez que echaba a correr en dirección al aula de matemáticas avanzadas. Si llegaba tarde, el profesor me obligaría a presentarme ante toda la clase como cada año hacía conmigo. Si, al parecer el hombre o tenía alzheimer o yo cambiaba mucho de año en año. Entré por la puerta en el instante en el que veía cómo el Sr. López caminaba con un montón de papeles en las manos, en dirección a mí. Por suerte no me vio y cuando entré en el aula, al vestir con mis habituales ropas anchas y tener la capucha echada sobre la cabeza, nadie se fijó en mí. Tomé asiento al fondo del todo de la clase, en mi habitual pupitre que estaba pegado a la ventana. Roberto, uno de los chicos que durante tantos años se había metido conmigo, me habló en un tono meloso y supuestamente seductor.

- Hey nena, no te recomiendo sentarte ahí, es el sitio de una marginada asquerosa medio gótica.

Evité con todas mis fuerzas fruncir el ceño y lo observé con desdén bajo la protección de la tela. No creo que me diga nada, pensé, porque soy yo. Una leve sonrisa de satisfacción se extendió por mi rostro. Había logrado mi propósito de que nadie me reconociera aquel año. Roberto interpretó mal mi gesto, creyendo que me había hecho gracia que me insultase (sin él saberlo) y soltó una estruendosa y falsa carcajada. Se quedó bastante incómodo cuando vió que yo no le seguía pero en el instante en el que me iba a decir algo con el ceño fruncido entró el profesor. Juro que en

aquellos momentos amé a aquel vejestorio canoso.

- Hola clase, bienvenidos de nuevo al instituto...- su anual discurso sobre los méritos y logros de instituto se vió interrumpido por la puerta del aula. Un chico con el pelo del mismo color que el mío, gorra verde de *Vans* y ataviado con una sudadera negra y unos vaqueros ajustados del mismo color se adentró en el aula con un aire de superioridad que no me gustó nada. Era nuevo así que supuse que debería de ser algún típico "chico malo" de ciudad. Dejé de prestarle atención en el momento en el que Lydia y sus tres perritos falderos comenzaron a hacerle ojitos. Fijé mi vista en el parque que había frente al instituto, siempre lleno de niños jugando alegremente y madres persiguiendo a sus hijos y gritándoles que se pusiesen los abrigos. Aquel día estaba lloviendo instensamente, por lo que lo único que se movía de vez en cuando en el parque era un señor borracho que andaba dando tumbos de aquí para allá. Hice una mueca y volví a centrarme en la charla del profesor. El nuevo ya había tomado asiento sabe dios dónde. Tampoco lo busqué.

- ... Bien, así que los nuevos se irán presentando frente a todos sus compañeros desde aquí.- terminaba de decir en aquellos momentos. Salieron un chico de aspecto apto para ser reclutado en el club de los "populares" y una chica rubia menuda antes de que fuese el turno del chico que había interrumpido la perorata del profesor.

- Me llamo Oliver Rodríguez, tengo 18 años, repetí cuarto de la ESO por motivos personales y mis aficiones son fútbol y surf. Aunque dudo que aquí en medio del monte pueda practicar este último.- añadió en tono burlón pero sin llegar a ser ofensivo. Todos mis compañeros soltaron al unísono leves risitas. Me relajé en mi asiento y volví a mirar por la ventana, ajena a todo lo que sucedía a mi alrededor, hasta que alguien me dió un leve empujoncito en el hombro. Miré a mi derecha dispuesta a matar a alguien cuando me fijé en que toda la clase me miraba con curiosidad. Profesor inclusive. Deduje por cómo me miraba Roberto y por las señas que me hacía, que el profesor había pensado de nuevo que era nueva alumna. Suspiré audiblemente antes de arrastrar la silla hacia atrás, creando así un chirrido estridente. Sonreí de lado al ver cómo el Trío Calavera se tapaba los oídos con las manos en un gesto exagerado y sus muecas de crispación. Caminé con la capucha calada por entre las mesas hasta subirme a la tarima. El profesor se aclaró la garganta con evidente molestia. Lo miré fingiendo no comprender y él suspiró con abatimiento.

- Por favor, señorita, ¿podría quitarse la capucha de la cabeza?

Lo miré con la sonrisa más falsa que pude poner y le hice caso. Lentamente y de manera muy exagerada, me quité la capucha del rostro y de la cabeza, evaluando las reacciones de mis compañeros. Ninguno me reconoció, al parecer lo único para lo que tenían ojos era para mi pelo liso

azul eléctrico hasta la cintura. Puse los ojos en blanco.

- Bien, dínos tu nombre, edad, aficiones...- enumeró el Sr. López comenzando a exasperarse.

- Me llamo Anne Vázquez, tengo 17 años y mis aficiones son: equitación, padel-surf a pesar de que hace tiempo que no lo practico y baloncesto.

Me bajé de la tarima lo más rápido que pude y me calé la capucha de nuevo, refugiándome así de alguna manera de todas las miradas incrédulas clavadas en mi.

- Eeeh... Bueno, creo que usted no es nueva, discúlpeme, por quinto año consecutivo, ¡es que estos adolescentes de hoy en día cambian tanto en unos meses! Bueno, la clase de hoy, al ser el primer día, consistirá en...

Volví a dejar de prestar atención y mi vista quedó clavada en una pared detrás del profesor mientras mi mente abandonaba mi cuerpo hasta internarse en el baul de los recuerdos durante las dos horas antes del recreo. Roberto no fue quien me sacó del trance después de que la campana sonase, si no aquella chica rubia cuyo nombre creía recordar que era Beatriz.

- Hola, soy nueva y no se dónde está nada, ¿te importaría decirme dónde está la cafetería?- me preguntó, y por el tono de su voz noté que le daba bastante vergüenza hablar conmigo. Seguramente ya le habrían llenado la cabeza de pájaros con rumores y cotilleos falsos.

- Mira, no quiero parecer desagradable, pero no creo que te convenga tener relación conmigo. Te voy a llevar hasta allí y luego te dejo sola, ¿sí? Probablemente Lydia te arrastrará hasta su lado oscuro.

La chica se mostró bastante confusa antes de asentir sin ningún tipo de convencimiento. Andamos la una al lado de la otra, ella vestida con ropa ajustada y de colores, atrayendo las miradas de todos los chicos con los que nos cruzábamos aún cuando ella sólo se limitaba a mirar el suelo, ajena al resto del mundo. Por otro lado estaba yo, sudadera enorme y negra, pantalones negros ajustados pero deportivos y unas viejas zapatillas deportivas del mismo color. Éramos como la luz y la oscuridad, y por ello la llevaba al único lugar donde estaría con rodeada de mucha más luz. La cafetería. Allí se uniría a Lydia o a algún otro grupito de populares y me dejaría sola de nuevo. Entramos en el amplio establecimiento repleto de adolescentes hormonados hasta las cejas y el atractivo barman con el que nunca había tenido la oportunidad de hablar.

- Muchas gracias, Anne.

- De nada, Beatriz.

- Dime Bea, porfa, Beatriz me hace sentir vieja.- confesó ella en voz baja, como si fuese el mayor de los secretos y yo su mejor confidente, antes de soltar una risita. La miré sorprendida antes de asentir con la cabeza y marcharme de allí, dirección norte hacia un enorme muro en el que acostumbraba a sentarme para reflexionar sobre todo lo que me iba pasando a lo largo de la mañana. Mi sorpresa fue mayúscula cuando encontré allí, en mi sitio habitual, a Oliver fumándose un cigarro. Me pasé ambas manos por el pelo hasta que me decidí a hacer la mayor de mis locuras. Ir hasta el muro y sentarme junto a él, pero a una distancia prudencial.